

Nueva York

contra Nueva York

Catherine Lacey

Colección ¡BUEN VIAJE!, 6

© L'arbre qui marche, 2025

Publicado originalmente en Francia por L'arbre qui marche
bajo el título de *New York contre New York*

© del texto original, Catherine Lacey, 2025

© de la traducción del inglés, Amelia Pérez de Villar, 2026

© de esta edición, Festina Lente Ediciones, SLU, 2026

Todos los derechos reservados

Primera edición: septiembre, 2026

Publicado por LÍNEA DEL HORIZONTE

C/ Mesón de Paredes, 73, 28012 (Madrid, España)

www.lineadelhorizonte.com

Coordinación editorial: Miguel S. Salas

Corrección: Luis Porras Vila

Diseño gráfico y de cubierta: Sébastien Jenger – Primo&Primo

Diseño de interiores: Nord Compo

Ilustración de cubierta: *Flatiron, Nueva York*

Infografía: Lætitia Perotin – Primo&Primo

Diseño de mapas: Nicolas Jan

Retrato de la autora: Iris Hatzfeld

ISBN: 979-13-991425-2-5 | Thema: WTL, 1KBB-US-NAK

Depósito legal: M-21515-2026



Imprime: Estugraf | Impreso en España

Este libro ha sido impreso en papel ecológico, cuya materia
prima proviene de una gestión forestal sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser efectuada con la autorización de los titulares, con excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. www.conlicencia.com

Nueva York

contra Nueva York

Catherine Lacey

Traducción de
Amelia Pérez de Villar



Nueva York es un archipiélago de casi ochocientos kilómetros cuadrados de extensión formado por varias islas y una porción de tierra firme todas ellas bañadas por el océano Atlántico. Exuberante paraíso donde hace mucho tiempo vivían los algonquinos y una parte del noreste de Estados Unidos en la actualidad, esta megalópolis ha adquirido su actual estructura gracias a casi diez mil kilómetros de calles y veinte mil de aceras, y a un millón de edificios. Bajo todo ese hormigón se extienden treinta y seis líneas de metro, irritantes muchas veces; entre los edificios pasan más de doscientas rutas de autobús y por los ríos circulan seis ferris. Todo esto constituye el sistema de transporte público más grande del país, un sistema que funciona cada minuto del día, todos los días, trasladando de un punto a otro de sus cinco distritos a los ocho millones de habitantes de la ciudad y a un número variable de turistas.

Y hay una segunda Nueva York, cuya extensión supera con mucho esos ochocientos kilómetros cuadrados: se trata de la fantasía colectiva de Nueva York, un lugar imaginario que permanece prácticamente

inmutable ante los cambios que tienen lugar en la ciudad real, física. Esta es la Nueva York que sirve de telón de fondo a películas y novelas, el lugar donde todo el mundo se imagina viviendo antes de poner un pie allí, y esa es también una de las razones por las que la gente se queda cuando tiene motivos de sobra para irse a cualquier otro sitio; es la Nueva York que todo turista espera encontrar, donde todos quieren hacerse un selfi... Y es el sueño que el sector turístico quiere venderles.

En un solo día que uno pase en la ciudad, las diversas realidades físicas y los costes de la Nueva York verdadera quedarán en el olvido ante las posibilidades ilimitadas que ofrece la Nueva York imaginada una y otra vez. Es esta una batalla que cualquiera de los bandos puede ganar en un momento dado, aunque ninguno acaba con el otro para siempre. La fantasía de Nueva York tiene mejor prensa, naturalmente, pero la realidad de Nueva York es la que se cobra lo que cuestan nuestros alquileres, cada vez más inflados. Otras grandes ciudades sufren esa misma dualidad, pero yo aún tengo que encontrar el lugar donde esta dicotomía sea tan patente, y se haya dramatizado y romantizado tanto como aquí. Tal vez tiene que ver con el número de libros, películas, series de televisión, canciones, fotografías y otras obras de arte que se han creado en torno a este lugar, tan complejo que marea. Para apreciar Nueva York en todo su esplendor, uno tiene que encontrar los espacios intermedios que existen entre la visión fantástica y la visión material de la ciudad.

NUEVA YORK, LA MUSA

De todas las ciudades grandes y complejas que hay en el mundo, Nueva York es una de las que más acostumbradas está a ejercer de musa. Central Park se ha convertido en la localización más filmada del planeta, y su silueta recortada sobre el cielo es una de las más reconocibles a simple vista: ha protagonizado un número seguramente infinito de canciones, las más recientes se están escribiendo en este momento. No obstante, si uno escucha unas cuantas canciones sobre Nueva York, se dará cuenta de que muchas de ellas ejemplifican la tensión entre la Nueva York imaginada y la Nueva York real. Las canciones sobre Nueva York son normalmente un tipo especial de canción de amor, baladas llenas de desilusión y de dependencia. Hasta los neoyorquinos irreductibles, que han vivido allí toda la vida y que nunca han imaginado cómo sería su existencia en otro lugar, sienten una devoción por la ciudad que se complica al añadirse el cansancio, la soledad, la exasperación y la aflicción.

Sobre Nueva York y sus historias también se han escrito numerosos libros, y para empezar a entender la ciudad se puede partir de infinidad de enfoques. Este libro pretende ser una guía de viaje que se lea como una novela, en parte presentación para el forastero, en parte guía, pero también retrato. Como muchos otros escritores estadounidenses, yo empecé mi carrera profesional en Nueva York y me pasé una década entera yendo de un barrio a otro, frustrada por las cargas económicas que la ciudad impone a sus habitantes, pero también hipnotizada e inspirada por

ellos. Lo que a veces se percibía como la incapacidad de encontrar una forma más estable de subsistencia acabó impulsándome a subsistir de muchas formas diferentes, y me introdujo en un círculo de amistades a las que aún voy a visitar cada pocos meses ahora que ya no vivo allí.

Me habían dicho que los dos primeros años que uno pasa en Nueva York son los más difíciles de sobrellevar, pero para mí fueron, simple y llanamente, los años más entretenidos gracias al proceso de aprendizaje y conocimiento de los vaivenes de la ciudad. Daba la impresión de que uno tenía golpes de suerte o le sucedían cosas altamente improbables con la misma frecuencia que los infortunios o las experiencias más habituales. Hice amistades increíbles y conocí a gente terrible que intentó convertir mi vida en un infierno. Gané dinero, perdí dinero, paré a más de un taxi para librarme de una tormenta repentina y perdí el último tren a Brooklyn en plena noche. Hice todas las tonterías que hace la gente corriente que se va a vivir a Manhattan con unos ahorros mínimos, sin un colchón financiero y sin perspectivas de empleo.

Y, como les sucedió a tantos millones de personas, la ciudad dejó en mi vida una marca profunda; y, como le sucede a toda esa gente tan afectada, Nueva York se quedó totalmente indiferente a mi asombro. Podrán decirme que esto pasa en cualquier ciudad, que todas las ciudades son impersonales porque son espacios públicos, concebidos para acoger a cualquiera que llegue, incapaces de sentir nada por cada persona que llega. Pero yo estoy convencida de que Nueva York

es insaciable a su manera, de una forma específica o incluso intencionada. Todos veneran hasta el último centímetro de su terreno, pero Nueva York no es consciente de esa admiración y, como todo el que es amado, Nueva York merece ser retratada. Quizás sea ese el motivo por el que no se puede dejar de escribir canciones sobre Nueva York; su indiferencia atrae a la gente. Y tal vez esto que tienen en sus manos no es tanto un libro como una balada.

☛ **Estoy convencida de que Nueva York es insaciable a su manera, de una forma específica o incluso intencionada** ☛

LA NUEVA YORK DE FRANK SINATRA

La versión que hizo Frank Sinatra del clásico del *jazz* «New York, New York» ha llegado a ser sinónimo de Nueva York hasta tal punto que muchos no se dan cuenta de que la canción no trata en realidad del lugar físico, sino de una fantasía de la ciudad. «Empezad a correr la voz, porque hoy me marchó», canta con su peculiar estilo, como si nos contara que hay alguien planeando su traslado, «el mío será un comienzo nuevo, nuevo a estrenar..., en la vieja Nueva York».

Existe un rollo obsesivo en el modo en que Sinatra repite esas palabras, «New York, New York», y «A-number-one» (un número uno) o «top of the heap!» (de primera). Es como si estuviera intentando prepararse, psicológicamente, para algo peligroso: algo que solo intentaría una persona muy fantasiosa. Y aunque la letra de la canción nos dejó el lema

«Si lo logras aquí, puedes lograrlo en cualquier parte», ese «si» condicional es, tal vez, la palabra que más peso tiene en todo el cliché.

Como Nueva York es una ciudad de embaucadores, y como el éxito de un puñado de neoyorquinos elegidos se ha construido sobre una base bien nutrida de fracasos y humillaciones, la Nueva York a la que canta Sinatra es, en realidad y a pesar de su bravuconería, una historia trágica, el manido relato que habla de la precaria ambición de un individuo que desborda fantasía antes de darse de bruces con la dura realidad. Pero entender la forma en que realidad y fantasía compiten en Nueva York es fundamental para comprender todo lo que se refiere a su cultura, su historia o sus habitantes. La tensión entre ficción y realidad está tan presente cuando uno pasa en Nueva York toda su vida como si solo pasa allí unos días de vacaciones.

LA NUEVA YORK DE LIZA MINNELLI

La versión de «New York, New York» que grabó Sinatra alcanzó tal fama que es fácil olvidar que la canción se compuso para que la cantara Liza Minnelli en la película del mismo nombre, dirigida por Martin Scorsese, de la que iba a ser tema principal. Frank Ebb, que compuso la letra, sabía bien lo que era trabajar en todo tipo de actividades absurdas antes de dar el golpe como compositor, aunque había nacido en Nueva York y nunca tuvo la necesidad de sacudirse la «morriña del pueblo» que siente uno al marcharse a una gran ciudad. Minnelli, aunque había nacido en Los Ángeles, podía representar ese sentimiento

de todo recién llegado que sucumbe a la grandeza seductora de Manhattan, pero a fin de cuentas había nacido en el corazón del mundo del espectáculo por ser hija de Judy Garland y ya había conocido el éxito cuando grabó la canción, en 1977.

La versión que hace Minnelli de este tema es un poco más suave e ingenua que la de Sinatra. En su interpretación, esta aspirante a neoyorquina parece convencida de que lo va a pasar bien tanto si triunfa como si no, mientras la voz de Sinatra nos llega oscurecida por la sombra de un ambiente más turbio: piensa cumplir sus sueños aunque tenga que romper un par de piernas. Quizá el rollo que transmite la canción de Sinatra es el que hace y controla todo el dinero que circula por Nueva York, pero la personalidad que imprime Minnelli al tema es lo que da a la ciudad su burbujeo incesante, su brillo y su valor.

LA NUEVA YORK DE LIL' KIM

Lejos de ser una canción de *jazz* idealizada se encuentra «Lighters Up», un clásico interpretado por una nativa de Brooklyn, Lil' Kim. La canción recuerda con tristeza a los amigos que han muerto en un tiroteo en el vecindario de Bed-Stuy,¹ explica qué áreas son peligrosas por la noche y describe con toda franqueza la brutalidad policial; pero aun así «Lighters Up» está invadida por ese espíritu de «o en Nueva York,

¹ Bed-Stuy es la abreviatura con la que se hace referencia al barrio de Bedford-Stuyvesant, en el centro-norte de Brooklyn. Es históricamente y junto con Harlem la cuna de la comunidad afroamericana neoyorquina, y una de las zonas más famosas por sus casas típicas de piedra rojiza llamadas *brownstones*.

☞ Prácticamente todos los raperos que tienen alguna conexión con Nueva York han sacado un tema sobre su barrio ☞

o en ningún sitio». La adolescencia y primera juventud de Lil' Kim coincidieron con una etapa especialmente violenta de la historia de Nueva York, los años ochenta y noventa del siglo xx, aunque en la actualidad la ciudad es una de las más seguras del país. No obstante, no hay tragedia, ni dificultad ni coste de la vida que pueda quebrantar la fidelidad que Lil' Kim profesa a su ciudad y a su barrio, «hogar de los principales raperos», de los que ella se considera la segunda, por detrás únicamente de Biggie Smalls.

Se han escrito libros enteros sobre la estrecha vinculación de Nueva York con el hip-hop, y de todos es conocido y aceptado que se originó en el Bronx a principios de la década de 1970. Prácticamente todos los raperos que tienen alguna conexión con Nueva York han sacado un tema sobre su barrio o incluso con la manzana de bloques donde viven, y son canciones que detallan todo el riesgo y el peaje que hay que pagar diariamente por vivir allí, sin dejar de declarar al mismo tiempo un amor infinito por este lugar y sus habitantes: ahí está otra vez la persistente sensación de contradicción con un amor feroz y compulsivo.

LA CANCIÓN REALMENTE INEVITABLE SOBRE NUEVA YORK

El día en que surgió la oportunidad de escribir este libro iba yo paseando por el barrio de Doctores, en

Ciudad de México, cuando oí por casualidad una canción de Jay-Z y Alicia Keys, «Empire State of Mind». La oí dos veces, la primera al pasar por un taller mecánico y la segunda quince minutos después: el sonido me llegaba por la ventanilla de un taxi. Durante los últimos quince años, «Empire» llegó a ser el portavoz musical más importante de la ciudad, el equivalente sonoro de su famoso *skyline*. La versión original es de un dúo de compositoras, nacidas en Brooklyn, que echaban de menos su ciudad durante un viaje a Londres; cuenta la leyenda que el equipo de Jay-Z pasó por alto la canción al principio, hasta que un ejecutivo del panorama musical volvió a llamar su atención al cabo de unos meses. Es la historia de éxito de una pieza que estuvo a punto de escapar: ¿hay algo «más Nueva York» que eso?

Quince años después de su lanzamiento, estaba yo disfrutando una beca en la sede de Bryant Park de la Biblioteca Pública de Nueva York, cuando me di cuenta de que «Empire» se había convertido en banda sonora de cabecera de los jóvenes que ofrecen selfis a los turistas con fondo de 360° en Times Square, y en la canción con más probabilidades de quedar arruinada por los conductores de bicitaxis que trasladan a los turistas de un extremo a otro de la Quinta Avenida. La versión de «Empire» que hicieron Jay-Z y Alicia Keys es un punto intermedio entre un fantástico clásico del *jazz* como «New York, New York» y los productos de hiphop que beben de la cruda realidad, como «Lighters Up». Con el chorro de voz de Alicia Keys, el tema suena como un himno a ese Nueva

York romantizado (y blanqueado) mientras las líneas que interpreta Jay-Z nos venden por enésima vez su historia de chico del póster que pasó de mendigo a príncipe. «La mitad de vosotros nunca lo lograréis», recuerda Jay-Z a su audiencia: esa cifra es una burda sobreestimación de cuántos lo conseguirán.

Para cualquiera que no lo haya vivido en primera persona es difícil sobrevalorar la enorme popularidad (y ubicuidad) de esta canción desde el minuto uno. Y es que ¿por qué no iba a ser así? Es una tormenta perfecta que contiene todo lo que Nueva York ama de sí misma, y una oda a lo que tiene de buena y de mala, otra forma de vendernos ese mito tan contradictorio donde cualquiera puede triunfar por todo lo alto, y prácticamente nadie se va a ir con las manos vacías.

«Empire» conquistó la radio en otoño de 2009, cuando yo cumplía dos años de estancia en la ciudad; naturalmente, me estaba planteando irme, pero no tenía adónde. En el estribillo canta Keys: «Estas calles te harán sentir completamente nuevo / las luces serán tu inspiración», pero yo, en mi subconsciente, reescribí esas líneas: «Estas calles te harán sentir completamente nuevo / antes de destruirte».

Lo cierto es que yo no me sentía destruida del todo, pero ese ritmo frenético y el elevado coste de la vida habían hecho mella en mí. Y sabía que podía irme peor. Me había trasladado a Manhattan en 2007 convencida de que aprobaría el máster y volvería a Nueva Orleans, donde probablemente podría volver a mi antiguo trabajo en la cocina y encontrar un apartamento que pudiera permitirme. Pero no tardé

en darme cuenta de que vivir en Nueva York te incapacita para vivir en cualquier otro lugar.

Me había mudado cuatro veces en solo dos años, intentando encontrar el equilibrio entre un alquiler sensato y los riesgos de los apartamentos que podía pagar: largos trayectos hasta el centro de estudios o de trabajo, dudosa legalidad, demasiados compañeros de piso, roedores en número aún mayor, y así sucesivamente. Durante esos dos años tuve una

“No tardé en darme cuenta de que vivir en Nueva York te incapacita para vivir en cualquier otro lugar”

serie de trabajillos y bolos que me permitían sacar algo de dinero que intercambiar por el privilegio de vivir con esta indignidad, y aunque no veía en el horizonte ni un trabajo estable ni una situación vivible, aunque odiaba los largos inviernos de Nueva York y nunca tenía tiempo o dinero para disfrutar de la vida nocturna de la ciudad, sus teatros o sus museos, aun así quería quedarme allí, porque aún sentía el embrujo de todas sus fantasías, sus posibilidades y sus gentes, mucho más de lo que me descorazonaba la triste realidad.

Irme a vivir a Nueva York nunca había sido mi sueño, porque yo me crie en Misisipi. Solo me había mudado una vez en mi vida, para ir a la universidad, convencida de que los encantos de aquel lugar me dejarían indiferente, e igual de convencida de que nunca podría permitirme estar allí mucho tiempo. Mi plan era licenciarme y volver al sur, pero no conseguí llevarlo a cabo. Como a tanta gente antes que a mí, la

vida en Nueva York me parecía imposible, pero la idea de irme a cualquier otra parte me resultaba inviable. En mi lucha interna entre la idea romántica de la ciudad y su dura realidad no parecía haber un ganador claro.

PIZZA RAT Y OTROS MEMES

En esta tensión entre las dos versiones de Nueva York, el lado mítico ha adquirido la capacidad de cubrir de *glamour* hasta los aspectos menos atractivos de la ciudad. En 2015, un joven publicó un vídeo de una

☞ El lado mítico ha
adquirido la capacidad
de cubrir de *glamour*
hasta los aspectos
menos atractivos de
la ciudad ☞

rata arrastrando una porción de *pizza* escaleras abajo por un andén del metro, con lo que empezó la moda de los memes de la Pizza Rat, que se convirtió en la estrella de prácticamente todos los

grandes acontecimientos de la ciudad —incluso en Halloween y sus disfraces—, transformando como por arte de magia el problema de las basuras y los roedores en un anuncio publicitario de Nueva York y de lo maravillosamente extraña que puede ser la vida allí.

En los años que han transcurrido después del fenómeno de Pizza Rat, han surgido varias cuentas de Instagram, de extraordinaria popularidad, especializadas en recabar vídeos y fotos publicados por los usuarios de la red con grandes momentos similares, que podrían titularse Solamente-en-Nueva-York... La mayoría de estos vídeos tratan de cosas absurdas que